



Bogéas

Capítulo extra I - La princesa Togamaru



Historia e ilustraciones: Tania Navas



La alcoba estaba a oscuras y se respiraba un aire denso, como si hubiera estado mucho tiempo cerrado. Tras las amplias ventanas silbaba el aire nocturno invernal, cuya insistencia por entrar en la cálida estancia fue interrumpido por una muchacha pequeña y menuda, al servicio del Gran Vashna del Este, que se apresuró a correr las cortinas mientras unos quejidos de mujer iban invadiendo poco a poco el espacio asfixiante de la habitación. Entre innumerables sábanas de raso y atendida en sus ruegos por dos matronas, la concubina preferida del Gran Vashna trataba de dar a luz al que sería el segundo legítimo hijo, quien estaba destinado acompañar al primogénito en su futuro gobierno como Jefe de las Tropas, tal y como dictaban las leyes de aquél recóndito país.

La matrona observaba con preocupación a la mujer de la cama retorcerse de dolor mientras la indicaba como debía posicionar las piernas. No recordaba que el anterior parto fuera tan difícil como éste e intercambiaba miradas con la matrona más joven, que no sabía qué debía hacer pues tampoco había presenciado nunca tanto sufrimiento en el rostro de la mujer que ahora palidecía entre gritos y sollozos.

Por fin después de extenuantes resoplidos, el llanto ahogado y roto de un bebé partió el aire y la mujer empapada en sudor esbozó una sonrisa de alivio mientras su cuerpo se volvía blando y exhausto. Con las fuerzas agotadas reclamó a la joven matrona su preciado hijo, para comprobar que efectivamente los dioses la habían honrado con un varón. Pero en cuanto tuvo al nuevo ser en brazos y descubrió que era una niña, se la devolvió entre lágrimas de rabia a la matrona más anciana.

- Pero señora...es una niña preciosa, mirad su rostro....

- ¡Calla, Lithia! –la espetó con rabiosa y brillante mirada.- Tanto dolor para traer al mundo a esta vergüenza. El Gran Vashna no querrá más niñas. Si tan sólo... Si tan sólo hubiera sido varón como el primero...!- Y la mujer rompió a llorar amargamente cubriendo su rostro con las sábanas.

La matrona más joven tomó a la niña con profunda tristeza y el llanto del bebé cesó, como si el alejarse de su cruel madre la calmara. Con dulzura la llevó a una sala más pequeña y preparó agua caliente en un precioso barreño de plata. La lavó con sumo cuidado y después la arropó entre suaves mantas. Trató de escuchar la conversación que tenía ahora la concubina con Lithia. Ésta, a pesar de ser sirvienta, mantenía ciertas licencias para dirigirse a Shoudojadama y en estos momentos la estaba recordando que ella misma asistió a su nacimiento hacia unos veinte años y que su madre la había aceptado inmediatamente a pesar de que su padre no quería niñas en su descendencia. Shoudojadama se olvidó de las lágrimas y la reprendió furiosa: Una vulgar matrona no tenía ningún derecho a hablarle en ese tono y mucho menos a mencionar su familia.

-Avisa al Gran Vashna y dile que su hija ha nacido.- ordenó después a la muchacha que esperaba junto a la puerta, quien salió corriendo a cumplir su cometido.- Él decidirá qué hacer con ella.- sentenció con acritud.

A los pocos minutos se oyeron unos pasos lentos y pesados. La puerta se volvió a abrir dando paso al mismísimo Vashna en persona, quien quería comprobar el estado físico de su concubina y de su hija.

- ¿Dónde está la pequeña? – Su voz denotaba cansancio y sueño. La joven matrona apareció con la niña en sus brazos, con la esperanza de que su padre la aceptara a pesar de su sexo.

Vashna era un hombre corpulento, de melena oscura pero entrada en canas y aunque la edad había hecho mellas en sus rasgos caídos, su mirada aún mantenía un soberbio brillo de vida. Antaño había sido un gobernante orgulloso y altanero, cosa que le había acarreado algún que otro problema con su hermano menor, que se encargaba de proteger su país de las incursiones del oeste.

Sin embargo los años y la experiencia le habían dotado de astucia y serena paciencia, con las cuales se había apoderado de las tierras de los reinos vecinos. Ahora su hermano había fallecido a causa de unas misteriosas fiebres y el reino necesitaba de una nueva generación que pudiera seguir dándole expansión y gloria a Kamatsu, el Reino del Este.

Vio al bebé en brazos de la joven matrona y ésta se lo entregó con miedo, pero se tranquilizó al ver la mirada de arrobamiento que posaba sobre la sonrosada piel de la niña. Sostuvo un dedo enojado hacia ella y una torpe manita pequeña lo asió con fuerza, lo que hizo esbozar una sonrisa de complacencia.

Una dolorida Shoudojadama contenía el aliento esperando con impaciencia el veredicto en el que aceptara de una vez a la niña ya que eso significaba que sus años de gloria y riqueza aún no se habían acabado y que seguiría siendo la favorita de entre todas sus concubinas.

- Fuerte y bella Togamaru.- Comenzó a decir enternecido por la mirada velada del bebé, quien aún no podía ver a su progenitor y no parecía asustada por la sombra que lo hablaba.- En un principio tu destino era la guerra, pero yo cambiaré eso.- Vashna sonrió de nuevo tratando de soltar su dedo pero ella lo asió con más fuerza.- Se te concederá poder y cultura, y nadie podrá igualarte en inteligencia. Serás mi mayor y más poderosa arma de conquista en todas las tierras del este. Servirás a tu reino con displicencia y se te enseñará a ser fiel a los deseos de tu padre al que honrarás con gran devoción.

El pecho de Shoudojadama estaba henchido de felicidad ya que el destino que pronosticaba para su hija conllevaba que ella misma seguiría beneficiándose de esas atenciones especiales, puesto que era la madre de los dos herederos. Pero su ambición emborronaba su corazón y Vashna lo entrevió a través de sus rasgados ojos negros.

- Mi querida concubina, has hecho bien dando a luz a esta niña. Serás recompensada debidamente.- Pero había cierto tono irónico en sus palabras, que la arrogante Shoudojadama fue incapaz de apreciar.

Vashna conocía muy bien a las personas y su hermosa y fría concubina no era la excepción. Más de una vez la sospecha de la traición había ensombrecido su corazón y para vigilarla estimulaba su vanidad convirtiéndola en su favorita, de modo que pudiera saber con exactitud su posición en palacio. Pero ya era hora de hacerla desaparecer, no quería que las vidas de sus hijos estuvieran a manos de aquella codiciosa mujer.

El soberano le entregó la niña a la joven matrona y le dio instrucciones para criarla junto a ella con gran entereza y disciplina hasta que cumpliera los seis años, cuando entonces deberían aposentar en una habitación particular junto a la de su hermano, quien era tres años mayor que ella.

Una vez hubo salido de aquella habitación ordenó a su guardia personal encerrar a Shoudojadama en la alcoba de concubinas y no permitirle salir nunca más, a no ser que él mismo la solicitara y tras esto fue a sus aposentos donde una nueva favorita esperaba ansiosa la llegada del Gran Vashna para complacerlo.

Los años pasaron y la niña Togamaru se forjó un carácter introvertido y tímido. Seguía las disciplinas con gran entereza y aunque parecía no importarles nada ni nadie, por dentro tenía un corazón muy sensible y lleno de pasión. Hablaba poco pero cuando lo hacía sorprendía por su ingenio, haciendo las delicias de los dos tutores que la enseñaban a leer y a escribir. Tan sólo su ya no tan joven matrona, Eyra sabía exactamente cómo se sentía la pequeña Togamaru en aquel enorme palacio fastuoso.

Era una niña que huía de las paredes forradas de ricas telas y que amaba la naturaleza; cada vez que podía se escapaba a escondidas al bosque a escuchar el arrullo de los ríos y los árboles mecidos al viento. A su regreso Eyra la reprendía duramente a su pesar porque sabía que Vashna no aceptaría esos divertimentos. La pequeña entendía su

enfado mientras silenciosa bajaba la cabeza y se dirigía a su rincón en la habitación de las sirvientas sin cenar, pues ése era el castigo que recibía cuando no respondía a los deberes que la correspondían como princesa. Pero al poco rato llegaba Eyra con un vaso de leche caliente en una mano y un cepillo en la otra y mientras la mujer la desenredaba la larga melena azabache heredada de su padre, Togamaru apuraba el vaso con avidez mientras le contaba emocionada lo que había visto aquella tarde, pues sólo a Eyra le confiaba sus secretos:

-¡Lo juro! ¡He visto uno!- exclamaba- Era grande como una montaña y cuando me levanté vino hacia mí, y yo me asusté mucho, pero él no parecía tener miedo. Entonces salí corriendo y no he parado hasta llegar aquí. Cómo me gustaría que tu también lo hubieras visto, mamá.

Eyra se estremecía cuando ella la llamaba así, pues su cariño hacia la niña le impedía explicarle de que su verdadera madre no la amaba. En el fondo sabía que no estaba bien, que si Shoudojadama se llegase a enterar la arrancaría los ojos por pura envidia, y probablemente Vashna tampoco lo hubiera permitido, pero se sentía tan feliz de cuidarla como a una hija que no era capaz de controlar sus propias emociones cuando la niña volvía a sus brazos en aquellas noches y la peinaba con dulzura mientras ella le confiaba sus visitas al bosque.

Tal como Vashna había pronosticado, Togamaru era educada y atenta con todo el mundo del palacio, escuchaba a sus tutores con la curiosidad propia de su edad y sus profesores no podían estar más satisfechos con sus progresos. Pese a sus escapadas ocasionales que Eyra procuraba cubrir en todo momento, su comportamiento impecable hacía entrever que su destino de princesa colmaría de orgullo a su padre.

Sin embargo la vida de Togamaru no giraba en torno a Vashna. Su amor y devoción estaba únicamente destinados a satisfacer a su madre adoptiva, Eyra. Todos sus esfuerzos en aprender se debían a una inusitada sensibilidad para las artes y las letras y sus huidas no eran más que una evidencia del peso que empezaba a sentir sobre sus hombros. El hecho de que su actitud obediente complaciera o no a su padre le traía sin cuidado.

Apenas había tenido contacto con él; las noticias que recibía de sus tutores y nodriza parecían contentarle lo suficiente. Ni siquiera había sido invitada a actos de carácter oficial por lo que su conocimiento acerca del comportamiento de una princesa se reducía a lecciones teóricas.

Como segunda hija heredera y a diferencia del resto de hijos de concubinas, Togamaru podía moverse con total libertad por el palacio y explorar todas las habitaciones que quisiera siempre y cuando no hubieran apostados soldados franqueando el paso. Esto le limitaba a conocer la parte norte del palacio, que pertenecía al Gran Vashna y a su séquito personal entre los que estaban su primogénito, también hijo de Shoudojadama y al que había recluido junto a él desde su nacimiento en una alcoba individual, en la creencia de que esa situación le adjudicaría un carácter más autónomo y no tan apegado a su madre.

Togamaru desconocía la existencia de su hermano a pesar de haber oído el rumor de que su padre tenía varias mujeres e hijos con ellas guardados bajo llave en un rincón del palacio. Y probablemente de haberlo sabido tampoco lo habría comprendido pues aún era joven.

Sin embargo, el joven príncipe sí conocía a su hermana de haberla sorprendido intentando engañar a los guardias para pasar a escondidas por la entrada a la zona norte. Por supuesto no tuvo nunca éxito porque ella pronto se cansó de curiosear por el palacio y fue ampliando miras hasta que descubrió que fuera de sus muros había un mundo mucho más interesante.

Todo fue cumpliendo las expectativas de Vashna hasta que finalmente Togamaru alcanzó los seis años de edad y entonces fue reclamada en la sala de su trono para una segunda prueba de crédito. De esta manera el gran soberano averiguaría más acerca del

carácter de la niña, del cual dependía la decisión final de educarla personalmente como una segunda heredera o dejarla a un lado junto con el resto de su progenie.

El palacio pese a ser aburrido para la princesa, no lo era para el resto de cortesanos quienes esperaban el más mínima acto para vestir sus mejores galas. Y el cumpleaños y presentación de la princesa en la Corte estaba previsto como el más esperado del año. No dejaban de moverse inquietos de un lado a otro, no sólo preparando sus ropas y maquillajes sino también el festín con el que agradar al Gran Vashna tras su decisión, fuera la que fuera.

La alcoba de Eyra estaba levemente desorganizada y en una esquina había amontonados hermosos retales de seda y brocados maravillosos. Togamaru había llevado desde que nació ropas sencillas pero de tejidos de calidad que el Rey le había mandado coser para que se distinguiera su rango. Pero al no tener ningún traje especial de gala, Eyra se había visto obligada a confeccionarle un vestido a tres piezas con el cual pretendía impresionar a toda la Corte. Su pequeña princesa no sólo sería el orgullo de su padre sino el de todo el reino por su belleza.

Mientras Eyra la vestía con aquellas ostentosas ropas, Togamaru miraba por la ventana con una expresión de melancolía; algo en su interior le decía que las cosas iban a cambiar a partir de entonces y que nada volvería a ser como antes. Y la niña estaba en lo cierto.

Sentada en el lecho la mujer la tomó de las costillas con ligereza y la sentó en sus rodillas. Tomó el viejo cepillo con suma tristeza y comenzó a pasarlo por el azabache de su pelo. La niña desvió su atención al espejo y en él descubrió su boca curvada hacia abajo y se estremeció. Tragándose sus lágrimas Eyra le tomó de la barbilla y la obligó a mirar de nuevo hacia la ventana con la excusa de que así le sería más cómodo de peinar. Al mismo tiempo su voz, que trataba de calmar los nervios de la pequeña, denotaba una frialdad poco habitual.

- Mi pequeña Togamaru, no debéis preocuparos. Habéis crecido y ahora os corresponde una nueva educación. Tenéis que obedecer al Gran Vashna en todo lo que os ordene, porque es “vuestro” padre.- Una lágrima le rodó por la mejilla, sabía que era la última vez que desenredaría su oscura melena.

- Haré todo lo que me digan...mami ¿por qué lloras?!- Togamaru se había girado de repente y había descubierto con horror la expresión de dolor que cruzaba el rostro ovalado de su ser tan amado.

- Mi niña...Toga...mi pequeña Toga- sollozó abrazándola muy fuerte, tanto que la niña apenas podía respirar, pero no la importaba porque en los brazos de Eyra sólo había amor. A pesar de su corta edad comprendió lo poco que le importaba estar encerrada en el palacio, o el cambio a una nueva habitación mucho más grande, o tener nuevos tutores más exigentes. Lo que realmente le oprimía el pecho era el presentimiento de que no volvería a ver a Eyra, a quien creía su única y verdadera madre.

- No llores, te prometo que haré todo lo que me digan y vendré a verte, igual que cuando me voy al bosque, pero ahora sólo vendré a verte a ti. Ya verás, seré tan buena y me portaré tan bien que no podrán prohibírmelo...-el llanto ahogaba sus palabras, pero ella quería que Eyra supiera cuánto la quería.

Eyra le secó las mejillas húmedas y la besó en los labios con cariño, al igual que hacía todas las noches antes de acostarla para desearla las buenas noches. Los ojos negros de Toga brillaban de miedo y ansiedad.

- Estoy segura que seréis la princesa que el Gran Vashna desea, mi querida Toga.- murmuró con los ojos brillantes.- Pero... ese lugar no es para mí, tenéis que aprender a defenderos sola... – Cayó una nueva lágrima pero Eyra trató de controlar su emoción suspirando. Le costaba un gran esfuerzo utilizar un lenguaje distinguido con quien había sido como su propia hija, pero tenía que dejarle claro que no iba a ceder y que la pequeña

debía asumir su papel como princesa.- No se me permite cuidaros por más tiempo, ni tampoco podréis venir a verme, a partir de hoy... sois la princesa Togamaru y no mi pequeña Toga. Debéis aprender a comportaros como tal... es lo único que os pido.

- ...mami!- musitó la niña mordiéndose el labio y mirando hacia abajo como cuando la regañaba.- Eyra...- Y aquí pareció que volvería a echarse a llorar pero su entereza la hizo recomponerse de nuevo para sus últimas palabras.- Te prometo que seré la princesa Togamaru. Lo haré porque tú me lo pides- Y sus ojos rasgados pero límpidos y llenos de fuerza impresionaron y emocionaron a Eyra. No había lugar a dudas de que tras su menudo cuerpo y aparente serenidad Toga escondía una misteriosa fuerza.

La gente la observaba con curiosidad. Hasta entonces no habían visto a la pequeña Togamaru tan elegantemente ataviada. La sala llena de invitados hacía estremecer a la princesa, ya que era la primera vez que acudía a la llamada de su padre con aquellas ricas ropas y delante de todas aquellas personas que parecían tan importantes. Acababa de entrar en el salón del trono con la cabeza baja cuando recordó la promesa a Eyra de ser una buena princesa y se apresuró a corregir su postura tal como la habían enseñado; alzó la barbilla y encaró su mirada con la del Gran Washna, que se encontraba justo al final de la sala, envuelto en su túnica granate oscura, sentado con seriedad y con una leve sonrisa cruzando su ancho rostro.

Su trono se situaba sobre una plataforma con tres peldaños, enmarcado en sedas brillantes. A su izquierda se encontraba una hermosa mujer de cabellos rubios que le acompañaba vestida con vaporosas ropas y enjoyada de pies a cabeza. Su fino y alargado rostro semiculto tras un velo era indescifrable. Al lado derecho del Gran Washna se encontraba un muchacho de aspecto desgarbado; su flequillo desordenado le caía sobre la frente de manera despreocupada. Sonreía amplia y honestamente aparentemente complacido con la aparición de la niña al salón del trono.

A un nivel más bajo estaban los consejeros, y futuros tutores de la pequeña princesa, y a ambos lados de la alfombra que ahora pisaba y que la conducía directamente a su padre, se repartían los chismosos cortesanos que murmuraban frases de admiración, cuyo tono excesivamente enfatizado le hacía perder la concentración a cada paso que daba temiendo tropezar.

Aliviada por fin llegó ante su progenitor y ella dio paso a la compleja reverencia real que consistía en colocar ambos brazos en posición oratoria, seguido de una postración en el que las manos se estiraban con las palmas hacia arriba y finalmente las manos regresaban al pecho cruzadas mientras se levantaba muy erguida con los tobillos muy juntos y la cabeza sumisamente inclinada.

El Gran Washna asintió satisfecho por la correcta ejecución de la postración y la pidió mediante gestos adelantarse hasta el primer peldaño señalándolo con su mano extendida. En ese momento sus miradas entraron en contacto y ambos aprovecharon para escudriñar sendos rostros buscando los rasgos que los unían como padre e hija. Después de un minuto de silencio que sumió a todos en una intensa expectación, él habló con voz grave:

- Mi pequeña Togamaru ¿sabes por qué te he hecho llamar?- Y clavó su mirada aún más en la de ella.

- Querías conocerme, padre.-respondió con honestidad. Era la primera vez que se dirigía a él como “padre” pero en el fondo intuía que aquello era una prueba y le aterraba decepcionarle.

- Estás en lo cierto. Todo el mundo me habla muy bien de ti y quería conocer personalmente a mi hija. Pero antes quiero saber qué es lo más importante para ti en estos momentos.

Togamaru no se atrevió a desviar la mirada y mantuvo la respiración antes de contestar con la vista fija en los ojos negros de su padre. Intuía que debía agradar al Gran Washna con su respuesta así que respiró una vez y separó los labios para hablar:

- Obedeceros, complaceros y serviros con fidelidad, padre.- dijo con voz suave. Y a continuación bajó la cabeza con humildad fijando su mirada en los pies de él enfundados en cómodas babuchas blancas.

La respuesta y su actitud decidida cautivó a Washna de inmediato y los cortesanos respiraron aliviados por la tensión, por lo que Togamaru tuvo el valor de mirar de nuevo a su padre.

-Eres una niña muy condescendiente y eso me deleita porque sé que en un futuro podré contar contigo.- Y a la vez que lo decía su voz sonaba menos grave.- He hablado con tus tutores y me han informado que has aprendido a leer y escribir en muy poco tiempo, algo de lo que puedes enorgullecerte. También me han comentado tu notable dedicación a la caligrafía, lo cual me induce a pensar que tal vez te gustaría tomar clases más avanzadas de dibujo.

Togamaru lo miró con ojos brillantes pues lo que más le gustaba de sus clases era escribir y dibujar y Washna vio su impaciencia por comenzar.

-Será un gran placer para mí, padre.- musitó con un atisbo de esperanza. Quizás no fuera tan malo ser la princesa que todos esperaban de ella.

Washna sonrió levemente y señaló al muchacho que estaba a su lado, que le saludó con un leve movimiento. Ella lo contempló con interés. Su melena corta y oscura, sus ojos rasgados y negros grabados en un rostro bellamente pálido y su sonrisa amable la hicieron confiar en él de inmediato.

-Princesa Togamaru, éste es tu hermano, Tokuhiro. A partir de hoy tu alcoba estará junto a la suya. Compartiréis horas de estudio y estaréis a mi lado derecho del trono en las Grandes Audiciones. ¿Qué te parece mi decisión?

Togamaru trató de asimilar toda la información porque acababa de descubrir que aquel muchacho era su hermano, que irían a las mismas clases y que dormiría en una habitación solo para ella.

-Nada me podría hacer más feliz que eso, padre mío.- respondió bajando la cabeza de nuevo, pero por dentro sintió la sensación de haber perdido a un ser querido.

-¡Muy bien! A partir de hoy esta niña será vuestra princesa y todos tendréis que dirigirlos a ella como corresponde a un miembro de la Grandeza. ¡Saludad todos a la nueva princesa Togamaru!- ordenó con una sonrisa.

Al instante todos los presentes, a excepción del Gran Washna bajaron la cabeza con sumo respeto y ella sintió como el rubor calentaba sus mejillas. Su nueva vida acababa de empezar.